

SECCION DOCTRINAL

INSEGURIDAD EN DESPOBLADO

No creimos tener tan pronto que clamar contra un hecho criminal y grave, de tales proporciones de audacia y de éxito tan increíble, pero tan cierto, como la detencion, el saqueo y el aprisionamiento por algunas horas de un tren entero de ferro-carril en medio de su marcha. Con el que avanzaba hácia Madrid desde Andalucía en la noche del 30 de Marzo ha sucedido, sin embargo, todo eso entre las estaciones de Valdepeñas y Manzanares, como pueden ver nuestros lectores en la seccion correspondiente de esta Revista. Es asombroso y llena de rubor que una partida de 25 ó 30 bandidos conciba siquiera el proyecto de asaltar un tren de ferro-carril, como pudiera en otro tiempo una diligencia ó una mensajería; pero es más asombroso y causa más rubor todavía que lo realice con increíble facilidad, con éxito incomprensible, y hasta ahora con impunidad completa. Venir una poblacion ambulante, creyendo cruzar segura, como en todas partes, el espacio en alas del moderno invento, por la grandeza de sus proporciones, por la rapidez de su marcha, por la fuerza indomable de su locomotora, por la multitud de empleados y guarda-vias que deben recorrer la línea de su trayecto dia y noche, por los hilos del telégrafo que estáa preparádos para llevar de estacion á estacion los oportunos anuncios; y sin embargo, esa poblacion de viajeros crecida y numerosa, y todos esos poderosos instrumentos del adelanto moderno ser acometidos y dominados y hechos presa del pillaje en el centro de

España, y dejar bañados en su sangre á los dos pundonorosos guardias civiles que en el tren venian y á un noble oficial del ejército y á un digno y desgraciado artista que regresaba á la corte, y huir luego á la voz de su jefe tranquila y ordenadamente con la prenda del saqueo á sus guaridas, ó á sus respectivas casas, para hacer perder el rastro á los tardíos perseguidores que salgan en su busca, es un hecho tan aflictivo, tan repugnante, tan vergonzoso, que si no despierta enérgicamente en el ánimo de todos, gobierno y autoridades, asambleas, corporaciones y simples particulares, no sólo la reprobacion y el clamor de indignacion que en nosotros suscita, sino el intento vivo y decisivo de poner para siempre y de una vez término á sucesos tan deshonorosos, que más de una y de dos en nuestro suelo se han repetido, creeríamos haber retrogrado inmenso trecho hácia la barbarie.

La Revista cumple su deber y su principal mision levantando la voz en defensa de la sociedad herida y humillada cruelmente por séres depravados: la Asociacion cumplirá el suyo reclamando los urgentes remedios.

En nuestro número anterior cabalmente se anunciaba que se propondria y se pediria por nosotros la necesaria y urgente custodia de los campos para «la seguridad personal en despoblado;» y en el número presente, á impulsos del triste suceso, proponemos y pedimos lo que entónces se anunció. ¿Quién habia de decir que nos daria la razon y el apoyo de tan triste y decisiva experiencia, el hecho inaudito que acaba de consternar todos los ánimos? ¿Qué se dirá de nosotros en el mundo, si inmediatamente no se aplica el remedio? ¿Si corre la voz en Europa de que lá mano del delincuente y su organizacion para el crimen son aquí más poderosas que la mano del gobierno y la organizacion administrativa?

Si hubiera existido el aumento que proponemos, y por el cual seguiremos clamando, de la Guardia civil, para de-

fender día y noche los campos despoblados, y si dicha fuerza se hallara ya vigilando constantemente sobre todos los objetos de su instituto, ¿cómo había de haberse organizado jamás esa partida de 25 ó 30 hombres que acuden armados de distintas direcciones, se agrupan, aprisionan guarda-vías, esperan con ellos la llegada de un tren que trae caudales, les obligan á cortar el ferro-carril primero y á hacer señales falsas despues, y cuando aquel se halla ya detenido, y logran amedrentar y dominar á los viajeros, y herir á los más esforzados de entre ellos, se entregan largo rato al registro y saqueo de las cajas y cofres del cargamento, para retirarse despues de una pequeña batalla con el botin de su ignominiosa victoria? Urge, pues, apremia, el realizar al instante el aumento de esa fuerza protectora, honra de España; y hacer que la que nos salvó de los bandideros que asaltaban las carreteras, nos vuelva á librar de ellos hoy que con vergüenza intolerable vuelven á aparecer en los ferro-carriles, y siguen apareciendo como secuestradores, ó como dañadores y sustractores de plantas y frutos, en los montes y en las rústicas heredades. Los medios están estudiados, la ley formada, discutida y por todos aceptada, como en otro lugar pueden ver nuestros lectores. ¡Triste, tristísimo recurso sería cerrar los ojos á la evidencia, y los oídos á los vivos clamores y lamentos, para no ver y remediar con la prontitud que el caso exige el estado espantoso á que hoy llega la inseguridad en despoblado, y que ha venido á revelar un hecho tan tremendo como el que nos obliga á trazar las dolorosas líneas precedentes! De ningun gobierno, de ninguna autoridad, de ningun individuo se debe creer, hasta no verlo, que adopte semejante recurso.

CÁRLOS MARÍA PEBIER.

EL POSITIVISMO MATERIALISTA

II

Como, en nuestra opinion, el conocimiento del origen é historia de una doctrina importa mucho para su refutacion, y es la primera condicion de su discusion racional y cientifica, diremos algunas palabras sobre el origen é historia del sistema que nos ocupa.

El materialismo positivista de nuestros dias es una fase y una manifestacion parcial del racionalismo, ó en otros términos, el racionalismo es el antecedente lógico y la premisa necesaria del positivismo materialista. Bien se nos alcanza que esta afirmacion suscitará las iras y las reclamaciones de no pocos racionalistas contemporáneos, defensores decididos del espiritualismo; pero tampoco se nos oculta que el espiritualismo racionalista y anticristiano es un espiritualismo esencialmente incompleto, que se halla arrastrado por la necesidad de la lógica á conceder con una mano al positivismo materialista, lo que con otra pretende negarle. Por esto y porque no se nos oculta que la afirmacion ántes consignada parecerá tal vez infundada y hasta paradójica á algunos de los lectores de esta Revista, vamos á emitir algunas reflexiones sobre la afinidad y filiacion que existe entre el racionalismo y el materialismo contemporáneo de los positivistas.

Es un hecho histórico digno de notarse, que despues que el Cristianismo apareció sobre la tierra para salvar al mundo de la ruina intelectual y moral que le amenazaba, la doctrina materialista desaparece como teoría filosófica, revelándose solamente de vez en cuando en el terreno práctico y moral en las varias herejías de los priscilianistas, albigenses, hermanos del libre espíritu, con otras análogas derivaciones del antiguo gnosticismo emana-

tista y materialista, derivacion á su vez del maniqueismo. Sólo cuando la razon humana levanta por boca de Lutero el grito de rebelion contra la razon divina; sólo cuando la filosofía dejó de marchar de acuerdo con la religion en la escuela empírica de Bacon y en la semiracionalista de Descartes; sólo, en fin, cuando la lógica, desenvolviendo y desarrollando los gérmenes y las consecuencias separatistas encerradas en estas dos escuelas y en el principio del libre exámen, convirtió y transformó en movimiento de hostilidad y separacion el movimiento cartesiano, en movimiento esencialmente racionalista el principio del libre exámen, proclamando la independenciam y autonomia absoluta de la razon humana, apareció en medio de la Europa el materialismo degradante. Obligado á ocultar su frente en el polvo de la tierra, y sus tentativas criminales y vergonzosas en las tinieblas de las sociedades secretas desde la aparicion del Cristianismo, el cual parecía haber desterrado para siempre de la humanidad sistema tan contrario á la religion y á la moral, como á la dignidad del hombre, presentose de nuevo en la escena del mundo bajo los auspicios de los enciclopedistas. Porque ¿qué fué el materialismo del pasado siglo sino una manifestacion concreta y lógica del racionalismo? ¿Qué otra cosa significa esa pléyade de materialistas franceses é ingleses, más que la conjuracion orgullosa de la razon humana contra la razon divina revelada en el Catolicismo y por el Catolicismo? Que esto y no otra cosa significa y revelan los nombres de Collins, Toland, Woolston, Chubb, y Boling-broke en Inglaterra, sentando unos las premisas racionalistas y deistas, y sacando otros las consecuencias sensualistas y materialistas. Otro tanto puede decirse de los principales representantes del materialismo frances, que no hicieron más que seguir los pasos de los racionalistas ingleses citados, además de los deistas Voltaire y Rousseau, haciendo aplicaciones más ó ménos directas y

lógicas de sus doctrinas al materialismo y al ateismo; porque es preciso no olvidar que, según la exacta y profunda observación de Bossuet, *el deísmo es un ateísmo disfrazado*.

Ni podía suceder de otra manera. Es un hecho constante desde el origen del Cristianismo; es una ley reconocida y fácil de ser comprobada por cualquier observador imparcial del desarrollo histórico del Cristianismo, que á medida y á proporción que una doctrina filosófica se separa de la idea cristiana, se separa en la misma medida y proporción de la recta razón y del sentido común; porque la razón humana pierde su vigor y energía nativa, se debilita y oscurece á medida que se separa del Cristianismo, en atención á que á este debe la razón humana la posesión plena, pacífica y segura de algunas grandes verdades, conocidas de una manera imperfecta é insegura por la filosofía pagana, y la adquisición de otras nuevas que esta ó ignoraba por completo, ó apenas había vislumbrado y como presentido.

Avancemos un paso más en el estudio de las relaciones entre el materialismo y el racionalismo, y acercándonos ya al positivismo contemporáneo, y examinando de cerca su naturaleza, sus caracteres, su manifestación histórica, veamos si tiene algo de común con el racionalismo.

Nadie nos negará sin duda que el panteísmo es la forma más importante, más general y hasta más científica del racionalismo en el siglo presente.

En nombre y á la sombra del panteísmo se han dirigido los más rudos y perseverantes ataques contra el orden sobrenatural y contra la religión como manifestación divina y revelada. Tampoco es posible desconocer que el hegelianismo es la expresión más elevada, la síntesis más completa y filosófica del panteísmo. Pues bien: nosotros vamos á probar que el hegelianismo encierra en su

seno el materialismo; que el positivismo grosero y brutal, por decirlo así, de Büchner y Moleschott, es una derivación lógica, ¡quién lo creyera! de la teoría hegeliana; en una palabra, que es muy pequeña la distancia que en el terreno intelectual separa la filosofía de la naturaleza de Hegel de la *Fuerza y Materia* de Büchner, de la *Circulación de la vida* de Moleschott, lo mismo que de las teorías transformistas de Lamarck y Darwin.

En la imposibilidad de exponer toda la concepción hegeliana, lo cual exigiría un libro, condensaremos el pensamiento del filósofo alemán sobre el origen, desarrollo y constitución ó formación definitiva de lo que llamamos mundo externo ó naturaleza, en las siguientes proposiciones.

1.º Lo que llamamos mundo externo, naturaleza, mundo de los cuerpos, no es más que el pensamiento objetivado. El universo objetivo, ó sea la totalidad de los objetos, coincide y se identifica con el universo *subjetivo*; es decir, con el pensamiento, el cual, al objetivarse, se convierte en naturaleza, se da á sí mismo un cuerpo, llega á ser mundo externo y material.

2.º Así como el *Ser* abstracto ó puro es el principio y el punto de partida para la creación de los seres lógicos, ó sea de las categorías, como conceptos puros de la razón, así el *espacio* constituye el punto de partida y el principio universal del universo real y objetivo. En virtud de la ley del *Uegar á ser* ó del movimiento necesario resultante de la contradicción que encierra el espacio, como la encierra el Ser puro, el cual es á la vez ser y nada, el espacio se transforma en *materia*.

3.º Las transformaciones sucesivas, espontáneas y necesarias de esta *materia-principio*, dan origen al mundo *astronómico*, al mundo *químico* y al mundo *orgánico*. El mundo astronómico es el resultado de la evolución de la materia en cuanto regida, animada y gobernada

por el movimiento que se revela en las leyes de la atracción y de la gravitación; es la materia *mecanizada*, si es lícito hablar así. El mundo químico es la transformación del movimiento mecánico y externo en movimiento interno ó molecular de la sustancia, la materia experimenta una nueva evolución ascendente, y el movimiento local, externo y simplemente especial del sistema sideral, se convierte en luz, electricidad y calor. Finalmente, la materia experimenta una nueva metamorfosis, é impulsada por la ley interna de la contradicción y del desenvolvimiento ó *venir á ser*, se transforma en mundo orgánico, ó, lo que es lo mismo, aparecen los seres organizados.

4.ª Todas estas evoluciones y transformaciones sucesivas y espontáneas de la materia, se realizan por medio de transiciones insensibles, las cuales dan origen y contienen la razón suficiente de la gradación que observamos en los varios cuerpos de la naturaleza, y con especialidad en los organismos vivientes, desde el vegetal más rudimentario hasta el hombre. La ley de la vida, que es en el fondo la ley del desarrollo lógico de la *Idea*, transforma el vegetal en zoofito, el zoofito en crustáceo, el crustáceo en molusco, el molusco en insecto, en pez; en reptil, en pájaro, etcétera, hasta llegar al hombre, expresión última del poder de la *Idea-materia*.

5.ª De aquí es que lo que llamamos alma espiritual y racional, el hombre espíritu, es una eflorescencia de la materia en cuanto sujeta á la ley del movimiento progresivo y del desarrollo ascendente. Como el compuesto químico es una transformación y una derivación del astro ó sistema sideral, la planta una metamorfosis de la sustancia química, y el animal una planta perfeccionada, así el hombre aparece espontáneamente en la cumbre de la escala animal, escala que contiene la preformación virtual del hombre en su ser ó realidad corporal, lo mismo que en su inteligencia, cuya precursora natural es la sensación.

En una palabra: la sustancia universal y única, ó sea la *Idea*, se manifiesta y desarrolla en una série ascendente de formas, desde la materia pura é informe, hasta el espíritu. De progreso en progreso, de grado en grado, y en fuerza de la ley necesaria y fatal del desarrollo y movimiento progresivo (*devenir, werden*), el movimiento local ó mecánico del sistema sideral se transforma en fuerza química, la fuerza química en fuerza vital, y esta, marchando siempre por gradaciones sucesivas y ascendentes, representadas en las diferentes especies de vegetales y animales, aparece por fin en el hombre como inteligencia, y se transforma en fuerza consciente y libre, de ciega é inconsciente que era en el animal.

No es difícil reconocer la estrecha afinidad, por no decir identidad, que existe entre la concepcion materialista y la concepcion hegeliana de la naturaleza ó del mundo, que se halla resumida en las precedentes proposiciones.

Desde el momento en que no vemos en el mundo externo ó material más que un pensamiento que se desarrolla y objetiva, y en el pensamiento ó espíritu sólo vemos á la naturaleza que alcanza la conciencia de sí misma, la identidad real entre el cuerpo y el espíritu, entre la materia y el pensamiento, es inevitable y queda implícitamente reconocida.

Si el materialista dice que todo cuanto existe se resume en la materia y es efecto de esta modificada y desarrollada por la fuerza, Hegel dice á su vez que todo cuanto existe, divino ó humano, material ó espiritual, se reduce á la materia desarrollada en diversos sentidos, transformada y metamorfoseada por la ley necesaria ó lógica del movimiento continuo y progresivo, del *venir á ser*.

Para el materialista, el ser ó sustancia que preexiste á la inteligencia ó pensamiento del hombre, es la materia; para Hegel es la *Idea*, la cual se transforma primero en materia y despues en inteligencia, y *llega á ser pensamiento* en

virtud del movimiento lógico de la misma, así como la materia del positivista llega á ser inteligencia ó pensamiento en virtud del movimiento ó transformacion realizada en la materia por la fuerza. Apellidada á la *Fuerza* de Büchner movimiento dialéctico, werden de la Idea hegeliana; apellidada igualmente *Idea* á la *Materia* de Büchner, y veis que la concepcion de éste y la de Hegel, en órden al origen y naturaleza íntima y real de las cosas, son idénticas en el fondo, á pesar de su diferencia en el nombre y en la forma.

Añádase á esto que la teoría hegeliana es incompatible con la idea de un Dios personal y transcendente, toda vez que para Hegel, Dios ó el Absoluto no es más que el resultado, ó, mejor dicho, el conjunto de las formas ó fases de la Idea. Por eso se ha dicho con razon, que si se habla de un Dios *transcendente*, es decir, personal, real y distinto del hombre y del mundo, no hay filósofo más ateo que Hegel. Excusado es añadir que la inmortalidad personal del alma, la providencia divina y la creacion del mundo, son afirmaciones de la filosofía espiritualista, absolutamente incompatibles con la doctrina del filósofo alemán, el cual coincide tambien y se identifica con la escuela materialista por parte de la negacion de estas verdades. ¿Será de extrañar despues de esto la aparicion del materialismo contemporáneo? ¿No es, por el contrario, un movimiento espontáneo, natural y lógico, dada la influencia que sobre los espíritus racionalistas ó separados de la verdad religiosa, vino ejerciendo por espacio de muchos años? Preciso es, pues, reconocer y confesar que los Bauer, Feuerbach y en general la izquierda hegeliana, lo mismo que los Vogt, los Büchner y los Moleschott, para no salirnos de la Alemania, son, á la vez que los representantes y restauradores del *Sistema de la Naturaleza* del baron d'Holbach y del libro *De Natura rerum* de Lucrecio, los sucesores legítimos y los representantes lógicos del hegelianismo. La

transformacion de este en materialismo puro y explícito, inevitable en el terreno de la lógica, como acabamos de ver, fué ademas favorecida y como precipitada por el realismo atomista de Herbart, y por el criticismo experimental y materialista de Schopenhauer, á pesar y en medio de sus tendencias místico-budistas.

(*Se continuará.*)

FR. ZEPHERINO GONZALEZ.

UNA ESQUELA DE UN ATEO

I

Con vivo anhelo esperan la aparicion de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD los hombres verdaderamente honrados, los verdaderamente patriotas, los que se precian de ser sinceramente religiosos, los que creen que en efecto la sociedad está frenéticamente combatida, y que arreciando por horas el ataque, tiempo es ya de que ella se aperciba á la defensa.—Pero siendo esto indudable, ¿es igualmente incontrovertible que sea la prensa eficaz arma defensiva? Ciertamente, á los extraviados de buena fe (aunque los de buena fe son, en mi sentir, muy pocos) puede traérseles al buen camino con el racionio y las demostraciones; y más si, al paso que se les prueba la justicia de la causa que combaten, se les hace ver que en no combatirla contrarian ellos su propia conveniencia. Pero la primera dificultad que se me ocurre es la de conseguir que lean los malos y los ilusos lo que los buenos escriben: porque, á la verdad, ¿qué puede ya decirse que millones de veces no se haya repetido en defensa de las bases sociales, y de los fundamentos en que estriban la moral y la justicia? Y dado caso que aquellos á quienes se intenta convertir pres-tasen los oidos, ¿cabe discusion ni razonamiento entre per-

sonas que parten de puntos tan opuestos? ¿Es posible argüir á quien niega rotundamente los principios y llama á los axiomas juicios arbitrarios ó afirmaciones caprichosas?

Una cosa podrá contestármese á estas dudas.—Si la demostracion y el raciocinio nada pueden contra la empedernida y terca negacion, servirán á lo ménos para sostener al que vacila, y para suministrar á los poco instruidos armas con que pulverizar el sofisma.—No negaré que así sea : pero todavía quiero presentar en caso más concreto la dificultad que dejo apuntada, áun cuando no sea más que para motivar el asunto de estos renglones con que hoy me atrevo á molestar al lector.

El número de los desdichados es evidentemente, y ha sido siempre, en este que con razon llamamos *picaro mundo*, muy superior al de los que gozan, no ya completa felicidad, sino meramente un asomo de ella. Esto, de puro antiguo, es muy sabido : no hay secta religiosa ni sistema filosófico que niegue un hecho tan constante. Tambien son antiquísimos los conatos que para remediar este desequilibrio han imaginado los hombres, siendo tales tentativas siempre frustradas y siempre ineficaces : todo esto se ha dicho y repetido, sin que tan dilatada y costosa experiencia haya conseguido acabar con la raza de los utopistas: lo único que hay de nuevo en la sociedad moderna es que la resignacion de los que padecen ha desaparecido casi por completo, y que en vez de disminuir el número de los infelices, ya por la paciencia, ya por la moderacion de los deseos, le acrecientan con exceso la insana codicia, la torpe molicie y la ambicion desapoderada. Ahora bien: fácil es consolar al que sufre en esta vida, si cree en otra; fácil es alcanzar de él que se resigne con un mal fugaz y transitorio, y más cuando su entendimiento no se cierra á la demostracion de que su padecer mismo es prenda segura de goces ulteriores y de dicha inefable; prescindiendo de los infinitos casos en que el hombre mismo es artífice

de su propia desgracia, ó la exagera imaginativamente, ó rechaza los medios honestos de aliviarla. Pero cuando estas verdades morales se niegan rotundamente, cuando el desesperado brama agitándose en un mar de infortunios; sin alcanzar á ver la orilla, y negándose á todo medio de salvamento, ¿qué vamos á decirle? ¿Qué podemos aconsejarle?

Yo tengo para mí que el materialismo, ya razonado, ya meramente práctico, es el mayor enemigo de la sociedad humana; y que á él principalmente debemos asestar nuestros tiros.—Ya se ha hecho, me dirán; ya se hace diariamente.—Pues bien, responderé, continuemos: nada sobra, nada basta; apliquemos una y otra vez el ariete; sean redobladísimos sus golpes: probemos la existencia de Dios, del alma inmortal, de una vida ultra-mundana; fundemos en estas ideas la moral, el deber, las reciprocas relaciones de la vida, la autoridad, la justicia y el derecho: no haciéndolo así, ¿qué base van á tener nuestros argumentos?

Por lo demas, los medios de conseguir este objeto son, en mi entender, numerosísimos: cada escritor puede escoger el suyo, el más adecuado á su temperamento. Á mí me ocurre, ya que tan cortesmente se me brinda con la inmerecida honra de llenar con mi pluma algunas de estas páginas, esforzarme á probar, por muy sencilla manera, que sin aquellas ideas fundamentales, todas caen en el vacío las que sirven de lazo á nuestra especie socialmente congregada. Por eso he puesto al presente artículo un epígrafe que los lectores verán explicado en los párrafos siguientes.

II

Hace algun tiempo que me cayó en las manos una carta, ó más bien un billete ó esquela, cuyos terminos

conservo en la memoria, y que decia literalmente de este modo :

« Sr. D. N. de N.—Madrid 2 de Enero de 1872.—Muy
» señor mio y amigo : Leo con pena su carta de V., y comi-
» prendo su angustia. ¡Cuál mayor para un padre honrado
» y laborioso que no tener para mantener á sus hijos, y ver
» enferma de cuidado á la madre de estos seres queridos?
» Afortunadamente ha llegado V. en un momento feliz,
» pues me encuentra en situacion de aliviarle. Van adjun-
» tos los cuatro mil reales. Acepto el *pagaré* de esa suma,
» sin otro objeto que el de poner á cubierto de todo evento
» á mi familia : V. y yo somos mortales ; pero como me
» precio de hombre de bien , creo tambien en la honradez
» ajena, y no desconfio de que V., á quien tengo por tal
» hoy, lo sea igualmente dentro de noventa dias. Deseo á
» V. todo género de consuelos, y me repito suyo afectí-
» simo amigo y servidor Q. B. S. M.—X.»

Para que el lector no extrañe que yo me sepa de coro el tenor de este billete, tan insignificante al parecer, le diré que le releí veinte veces, y cada vez hallaba mayores contradicciones entre los sentimientos allí expresados y las ideas de que hace ostentacion y público alarde el firmante, á quien yo llamo X, no creyendo necesario descubrir su nombre. Porque es el caso que ese señor X se jacta de ser materialista, y por consiguiente ateo; y no desperdicia ocasion de burlarse, en conversaciones y escritos, de toda creencia religiosa y de todo linaje de espiritualismo. Tiene en la uña á Ernesto Renan, á ese infeliz vulgarizador del ateismo aleman moderno, discípulo muy atrasado de los Strauss, los Büchner y los Moleschott, y tan inferior á sus desdichados maestros, como lo son al presuntuoso autor frances de la *Vida de Jesus* nuestros X, nuestros Suñer y Capdevila y otros *ejusdem furfuris*. De manera que en España hasta esa desgracia tenemos; la de estar siendo víctimas de un materialismo de tercera mano, tan rudo y

discordante como lo es para un buen oído músico el himno de Riego traducido libremente á la bandurria por un ciego callejero.

Decía, pues, que cuando ví la preinserta carta, me ocurrió la idea de anotarla y comentarla; y áun cuando reconozco que, previendo las objeciones á mis comentarios, sería necesario escribir por vía de réplica un tratado completo de *Teodicea*, me ha parecido que no sería del todo inútil publicar mis sencillas reflexiones para ver si alguno de los muchos señores X que por acá tenemos se digna fijar en ellas su consideración. Ciertamente que el hombre medianamente instruido no encontrará gran novedad en lo que yo aquí dijere: pero ¿qué remedio? Cuando se nos está repitiendo la misma sarta de errores desde Celso hasta el susodicho Renan, ¿qué ha de hacerse más que, como dicen los franceses, *reprendre le chapelet* desde Orígenes, y áun estoy por decir desde Job, primer refutador de incrédulos, hasta el P. Freppel, y el que pudiéramos llamar filósofo familiar y amenísimo Camilo Flammarion (1)? Empiezo, pues, mis comentarios, y figurándome que hablo con el autor de la preinserta carta, diré de esta manera.

III

LA FECHA

Que una carta ó un simple billete esté fechado del día en que se escribe, es cosa muy puesta en uso y en razón; pero como ningún hombre de juicio debe hacer nada sin saber por qué lo hace, permítame V. señor X, que analice la fecha de su carta.

(1) Claro está que no se cita aquí á Flammarion, filósofo no nada ortodoxo, como á un Santo Padre, ni siquiera comé á un apologista seglar del Cristianismo, á la manera de Augusto Nicolás; pero es indudable que en su libro *Dieu dans la nature*, destroza el materialismo llamado científico hasta anonadarle.

Madrid 2 de Enero de 1872.—¿Qué significa ese guarismo de 1872?—Esa es nada ménos que la *marca* de la Era cristiana, que, *velis, nolis*, le impone á V. la costumbre universal, ó por lo ménos del mundo civilizado, en el cual están comprendidos los soberbios maestrazos de quienes V. ha aprendido á ser anticristiano y hasta materialista. Grandísima humillacion debe de ser para V. y para ellos el haber de sujetarse á este raro *capricho*, que tan rápidamente ha cundido por el mundo. Ahí tiene V., por ejemplo, á ese omnisciente profesor orientalista Ernesto Renan, escribiendo todo un libro, no para negar la existencia del obscuro galileo ajusticiado en el patíbulo del Gólgota; esa negativa es ya imposible, porque no solamente la tradicion, sino la historia reforzada por la crítica, se le echan encima; pero, á lo ménos, para desfigurar su nacimiento, su vida, su carácter, su doctrina, sus milagrosas obras y su muerte; procurando de paso manchar con la baba inmundada de la calumnia grosera la divina figura de aquella inmaculada doncella y madre, de aquella purísima *יְהוָה וְיֵשׁוּעַ* (*jalmá*) anunciada cerca de ocho siglos ántes por el profeta (1); escribiendo, repito, todo un libro para demostrarnos la insignificancia de ese jóven llamado Jesús, hijo putativo de un artesano, y tan ignorante ó más que su padre, que despues de haber andado vagando por Palestina y Galilea, seguido de unas cuantas docenas de mentecatos y de mujeres sencillas, predicando extravagancias, y haciendo como que curaba ciegos y tullidos y resucitaba muertos (2), vino al fin á parar en que le dieran su mere-

(1) ISAIAS, VII, 14.

(2) Juegos de manos que, por más señas, no han conseguido reproducir los Macallister, ni los Robert Houdin, á pesar de que no dejarían de ser de muy bonito efecto. Y es lástima, despues de haber vulgarizado M. Renan la receta para resucitar *Lázaros*, hasta poner semejantes suertes de destreza al nivel de la *Cabeza parlante*, y al alcance de la misma Mademoiselle Benita.—V. la *Vida de Jesús* del citado autor, libro en que la ridiculez supera á la blasfemia, y la impostura histórica ofende al amor propio del lector ménos erudito y ménos crítico.

cido, no en un juicio formal, sino por procedimiento análogo al que lleva en nuestros días el nombre del *yánqui Lynch*; escribiendo, vuelvo á repetir, ese famoso libro, y viéndose *obligado* á estampar en la portada la fecha del nacimiento de aquel miserable ajusticiado!

No dejaria Renan de responderme, si esto leyera, que ahí están otras *eras* que han servido y aun sirven para datar documentos; y sin ir más léjos, la de la hegira, por la cual se rigen los numerosos pueblos del islamismo.

Admito la observacion: pero es el caso que Mahoma, ó Mahomet, ó *Mohammed* (como decimos los que quisiéramos saber algo de la lengua arábica), fué un personaje de cuenta; y, como diria MANZONI, *ne ha fatte di cost curiose, ha fatto dir tanto di sé*, que no es extraño que una parte del mundo se acuerde de él todavía. Por de pronto, desenvainó la espada, que es el mejor modo de hacer uno que las gentes le tengan cierta consideracion; y por sí mismo, y por sus califas, seguidos de numerosas falanges de fanáticos, cortó unos cuantos millares de cabezas, y llenó de sangre, desolacion y luto gran parte del África y del Asia. Con esto, y con relajar en su Coran los lazos del sensualismo; y prometer para la vida futura goces más sensuales todavía, no es de admirar que aún le queden algunos aficionados en el mundo, ni que éstos se hayan convenido en conmemorar aquella su famosa escapatoria á *Medinet-al-Nabi*, que es el comienzo cronológico de la hegira.

Pero esta era de la hegira, Sr. Renan de mis pecados, no subsiste sino entre pueblos atrasadísimos: lo más pasmoso es que el mundo de las luces, de la ilustracion, del progreso, de los maravillosos adelantos en las ciencias, en las artes, y sobre todo en la filosofía y en la historia, se obstine en poner á la cabeza de todo escrito un recuerdo histórico, que analizado, sería equivalente á decir en el lenguaje de los incrédulos: « Hoy hace tantos días, tantos

meses y tantos años que entre las ruinas de un establo, cerca de una miserable aldea, en cierto apartado rincón del mundo, nació de la familia de un artesano, perteneciente á un pueblo subyugado, un niño desconocido. Este niño desde su adolescencia hizo en aquella tierra un poco de ruido; y sus ideas extravagantes, tan contrarias á las generalmente recibidas, irritaron al populacho, el cual tumultuariamente le crucificó (que es como si nosotros dijéramos le llevó á morir en la horca). Unos cuantos ilusos, pescadores y gente baja, y pobres mujeres de la plebe se obstinaron en llorar al ajusticiado, y en seguir hablando de él, y propalando sus paparruchas: y algunos de estos menguados llegaron hasta conservar por escrito en unos cuadernos la relación simple y desaliñada de lo que el hijo del carpintero habia dicho y hecho; y áun tuvieron el capricho de adoptar por signo de confraternidad el instrumento mismo del suplicio, que es como si los individuos de cualquier secta se pasearan por España con una horca pequeña colgada del pescuezo. Pues, señor, dió la *casualidad* de que fue creciendo, y creciendo, y creciendo el número de los ilusos, y empezaron á esparcirse por el mundo, y á charlar y á predicar majaderías. Algunos de aquellos pobres llegaron hasta la opulenta Roma, donde nadie les hacia caso, porque todos eran gentuza, y comian ajos y cebollas, y habitaban en los suburbios ⁽¹⁾. Mas no se sabe cómo ni cómo no, la secta se fué multiplicando; y eso que en vez de halagar las pasiones, contrariaba todos sus im-

(1) Oigamos á M. Renan. — «El principal barrio de los judíos en Roma estaba situado en la otra parte del Tíber; es decir, en el sitio más pobre y sucio de la ciudad. . . .» — «Aquellos pobres desembarcaban á centenares en la *Ripa*, y vivían en el barrio adyacente del *Transtévère*, sirviendo como ganapanes, siendo mercachifles, cambiando pajuclas por vidrios rotos. . . .» — «Ningun romano, hombre de forma, ponía jamás los piés en aquellos barrios bajos, especie de arrabales sacrificados á las clases menospreciadas y á los oficios infectos. . . .» — «Nadie pensaba en el pobre judío que pronunciaba por primera vez el nombre de *Christus*. Sobrevinieron otros. . . . Pronto se formó una pandilla (*un petit groupe*). —

petus; y en lugar de esgrimir la cimitarra, á la manera de Mohammed, los cristianos ofrecian el cuello al verdugo, y se dejaban arrojar como corderos á las fieras del Circo; y sus últimas palabras solian ser (¡vea V. qué mentecatos!) de oracion por sus perseguidores: todo por parodiar á aquel otro cordero del Gólgota. Pues no es eso lo peor; sino que siguió su mal ejemplo contagiando á la gente, y ya llegó á haber muchos partidarios del ajusticiado de Galilea que no probaban el ajo, sino que comian murenas, y hasta *paté de fote gras* hubieran podido comer como cualquier filósofo de estos tiempos; y no vestian harapos, sino púrpura, y hasta ceñian coronas y empuñaban cetros. Por último; se extendió tan fatalmente la epidemia, que hoy es, y á pesar de Calígulas y Dioclecianos, y de filósofos impugnadores y detractores de la secta y de la doctrina, hoy es, repito, y nos vemos obligados *los sábios* como M. Renan y el Sr. X, á fechar las cartas al estilo de aquellos vagabundos del Transtévère; esto es, trayendo la cuenta desde el momento en que vino al mundo el que, nacido en un establo, acabó su insignificante vida en un patíbulo!!!»

Lo que no han conseguido hasta la hora presente los sábios es el explicarnos naturalmente un fenómeno tan inverosímil como la propagacion siempre creciente por espacio de diez y nueve siglos de una secta fundada, según ellos, por un hombre oscuro, y difundida sin el apoyo de las armas ni del saber por unos ganapanes de los inmundos arrabales de Roma, de la entonces inmoral y sensual Antioquía y de Alejandría la orgullosa. ¿Qué hombre de mediana razon puede creer que semejante hecho sea humanamente posible, y no un verdadero prodigio?

Toda aquella gente *otia á ajo*; aquellos antepasados de los prelados romanos de hoy, eran unos pobres proletarios, puercos, sin finura, sin buenos modales, vestidos de asquerosos harapos, y apestandoles el aliento, como á todo hombre que come mal.»

Esto dice M. Renan en su libro sobre SAN PABLO, cap. IV, que es uno de los más disparatados y graciosos que ha escrito este sabio orate.

Pero, ¡qué veo, Sr. X de mi alma! ¡Tanto charlar sobre esa época de 1872! Perdónemelo V. y perdónenme asimismo los lectores de estas indigestas páginas, y den gracias á que no quiero hablar de lo demás de la fecha, que sobre cada palabra escribiría un volúmen.—*Madrid 2 de enero.*—¡Ahí que no es nada! Madrid, de quien dijo el poeta, refiriéndose á época no muy remota, si se la considera históricamente:

Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,

es hoy una gran ciudad cristiana, y sobre centenares de puntos culminantes en la techumbre de sus edificios, se ostenta la figura de aquel patíbulo en que pereció el miserable impostor de la Palestina. Aquel rey moro, y todos los reyes moros, toda la morisma, que avasalló por espacio de ocho siglos nuestro suelo, fué arrojada á las costas africanas. A esta grande hazaña coadyuvaron los españoles de muy distintos reinos; reinos no siempre aliados, sino á veces rivales, desunidos y que frecuentemente guerreaban unos con otros; pero aunados todos en un solo espíritu, que era el religioso, y concordes en el afán de clavar sobre las torres de Granada la insignia patibularia de Jerusalem, la cruz sacrosanta del Gólgota.—*In hoc signo vinces.*

Tan grande y transcendental acontecimiento se realizó, como V. no ignora, en 1492, en el día 2 de enero; y ese es justamente el día de la fecha de su escuela de V.: escuela fecunda en enseñanzas, y que seguiré analizando en otra ocasión, si mis lectores no lo han por enojo.

ANTONIO MARIA SEGOVIA.



DEFENSA DE LA PROPIEDAD Y DE LAS PERSONAS EN DESPOBLADO

Uno de los importantes lemas que van al frente de nuestra Revista, uno de los deberes que se ha impuesto desde el primer momento de su aparición, es la *defensa de la propiedad*. Base necesaria de la social existencia, como todas las demas que ante los ojos tenemos, es imposible prescindir de aquello que á su seguridad y desarrollo pertenezca.

La propiedad urbana es verdad que está sujeta á repetidas asechanzas, con frecuencia al fraude y á la estafa, y algunas veces á otros perjuicios. Pero enclavada, si es inmueble, en una poblacion acumulada; guardada, si es mobiliaria, con muros, candados y cerrojos; tiene á favor suyo más de cerca la custodia del aglomerado vecindario, la vigilancia de las autoridades, la organizacion del servicio público, y la material defensa de puertas y recintos, que es preciso quebrantar para acometerla. Todavía, sin embargo, hay que precaverla del daño producido, ó por cualquiera desgraciado accidente, fruto de naturales elementos, ó por un golpe de violencia, preparado con criminal astucia en el silencio y la sombra, ó dado con agresiva audacia en circunstancias excepcionales, al abrigo del popular tumulto. Y á algunos de esos fines se dirigen las asociaciones de seguros mútuos contra incendios y otras análogas que en muchas capitales existen. Mas la propiedad rústica vive y crece al aire libre, y generalmente en la soledad y el desamparo.

Las improbas labores que el cultivo del suelo exige, los tardíos y costosos frutos que despues de grandes afanes se ostentan, las plantas preciosas y árboles de ricas esperanzas, que lentamente se van desarrollando, pueden ser aplastados, arrebatados, destrozados por el pie ó la mano del primer transeunte, sea ignorante niño ó travieso adolescente; sea bestia abandonada á sus instintos, ó intencionado malhechor. ¡Cuántos sudores, cuántas esperanzas, cuántos honrados goces disipanse en un momento por un acto instantáneo, que muchas veces ni al mismo dañador produce beneficio alguno!

El fomento y desarrollo de la agricultura es imposible con esa inestabilidad de la riqueza de los campos. El natural desaliento y la justa desconfianza matan en flor los mejores proyectos. La acti-

vidad, la inteligencia, huyen de la vida rústica, en donde se halla el primer origen de toda riqueza, y casi la fuente de las sencillas y honradas costumbres. La naturaleza es abandonada á los más toscos y rutinarios colonos. Ella, que responde con inagotables primores á quien delicada y atentamente la estudia, responde tosca y rutinariamente á quien rutinaria y toscamente la trata.

Sabido es que la agricultura en Francia, como en la Alta Italia y en la Italia Central, hállase en estado mucho más floreciente que en España, si se exceptúan de esta algunas provincias, como las Vascongadas ante todo y otras varias. No es, sin embargo, Francia el modelo de la agricultura en Europa; la aventaja mucho Inglaterra. Thiers lo explica por la preferencia que en esta última nacion se dá al impuesto indirecto sobre el directo, al contrario de lo que sucede en Francia. El impuesto directo excesivo, dice el eminente estadista, atacando de cerca y más que á todos los otros asociados, al propietario y al agricultor, entorpece y debilita las fuentes cardinales de la riqueza; porque el agricultor y el propietario, aun dado que tengan frutos acumulados, no los tienen en su gran mayoría convertidos en dinero; y para hacer esta conversion, á que inflexiblemente les obliga el tributo, tienen que acelerar y violentar sus operaciones de venta, con grandes y repetidos daños, que impiden su prosperidad, tan benéfica á los Estados. Nosotros añadiremos otra razon, que explique á la vez la diferencia que existe entre los países que hemos citado. Ambas son extensivas á la doble comparacion entre Inglaterra y Francia, y entre Francia y España; y ambas tienen más aplicacion todavía á nuestra patria que á la vecina Francia.

La organizacion de los condados en Inglaterra, las costumbres sociales de aquella nacion y la índole de su descentralizacion administrativa, hacen que esté muy repartida y equilibrada sobre el suelo de la patria la actividad y la vida. Más de la mitad del año vive el lord inglés, viven los grandes propietarios, examinando, dirigiendo sus posesiones y cobrando amor creciente á aquel teatro inocente y saludable de las escenas inolvidables de su infancia, de los proyectos benéficos de sus continuas mejoras, del desarrollo incesante de la prosperidad de su familia, que es á la vez la prosperidad de su patria. La biblioteca al lado del jardin, enfrente del parque y divisándose desde ella la abadía y el bosque, produce en el ánimo una nutricion tan sana, da una armonía tan robusta de simultáneas entonaciones, una correspondencia y compenetracion tan provechosas de espíritu filosófico, de sentido es-

tético, de instinto práctico, que el hombre se forma por entero; y por entero se desarrolla en todo su grandioso conjunto la obra inacabable, la gran empresa humanitaria, de realizar cada día y en todas partes la explotación de la naturaleza en beneficio de la civilización. ¿Qué le falta á este cuadro? ¿Algún sentido moral? ¿Acordarse del pobre?... Pues allí en los condados está el pobre labrador ó bracero de los campos, ó el fabricante ó manufacture-ro, arruinados por un accidente de la fortuna, ó por una enfermedad, á quienes tender la mano. Allí está la escuela de la aldea, á la que tributar aliento con premios, visitas y beneficios; el cura rural, en muchos puntos ya católico, á quien acompañar en sus caritativas escursiones de todos los días: y el sencillo pedáneo, abrumado á veces con la empresa de combatir en su rústico vecindario las plagas de la peste, la carestía, la escasez, ó por ventura la naciente discordia, fruto de un negocio público mal emprendido, á quien dar consejo, ayuda y protección en tan honrados é importantes asuntos. Véase si pueden emplearse y desarrollarse los nobles instintos morales.

Como esta es la vida general, las clases de la sociedad se hallan entre sí enlazadas, el territorio de la nación, la propiedad rural están por igual atendidos, fomentados, mejorados, florecientes; y disfrutan de una protección tan constante y de una tan completa seguridad, que, encarnadas ya estas cualidades en las costumbres, dan al impulso del cultivo, á la mejora de los procedimientos y al respeto del fruto, la planta y las labores de la heredad ajena, una vida propia é indefectible. Con ese tono repartido en todo el suelo de una nación, aunque esté cubierto de escollos y montañas, ¿qué no puede hacerse en bien y adelanto de la sociedad?

Lo que pasa en Inglaterra pasa también en Suiza y en gran parte de Alemania, en donde se hallan los mejores establecimientos de enseñanza y práctica de agricultura, como es el instituto agrícola de Hohenheim en Wurtemberg, cerca de Stuttgart. Y á esto ayudan causas y tendencias análogas á las que obran en Inglaterra, unidas también á las de un carácter reflexivo y persistente.

Mucho de todo eso también sucede en Francia, y sobre todo en los Países-Bajos, Bélgica y Holanda, casi robados al mar por la perseverante mano del hombre. Mas acontece á la vez en la ardiente y belicosa Galia, que el espíritu centralizador excesivo; la pasión guerrera, pasión de gloria hasta aquí predominante; la

continua conmocion política; el amor refinado de la ostentacion y el lujo, llaman con preferencia á los centros civiles y á París las fuerzas principales de toda ambiciosa actividad: y dejando en manos de los pobres la propiedad rural, y la paz de la vida sencilla, en la forma generalizada de arrendamientos, se acumulan y fermentan en los centros los espíritus inquietos, los entendimientos ambiciosos, y tiene la sociedad francesa ménos seguro asiento, sus costumbres ménos reposo y la vida rústica ménos atractivos, como no sea, en general hablando, para el placentero viaje y la temporada de moda, con motivo ó pretexto de baños y veraneo, en que muchas veces el capricho y la vanidad entran por mucho, y de cierto no acallan ni depuran las pasiones que en la vida civil corroen de ordinario los nobles sentimientos.

No obstante, y en verdad, y justicia sea confesado, el suelo de toda Francia está diciendo (como en la Alta y la Central Italia sucede) que manos asiduas y cariñosas, que algunas clases de poblacion, honradas é inteligentes, tratan con él de cerca y de continuo, lo acarician, lo embellecen, lo estudian, lo mejoran. Esas clases son las clases medias y las clases agricultoras, clases á las que tanto y tan injustamente (en especial á las primeras) combaten las tendencias extraviadas de la moderna Asociacion Internacional.

Y esas clases, que en los campos habitan é incesantemente trabajan, dan á estos animacion, alegría, seguridad y atractivo. Aunque sólo se vieran en Francia los inmensos arenales de las Landas, interpuestos entre Bayona y Burdeos, único y al parecer incurable lunar del bello suelo de la patria en tiempo del primer imperio, barridos y azotados noche y dia por los recios huracanes del golfo cantábrico y de la barrera de los Occidentales Pirineos, convertidos zona por zona y casi etapa por etapa en plantacion admirable y gigantesca de bosques productivos de los más hermosos y variados pinos, que manan abundantemente la riqueza de las gomas y alquitranes para la industria naval y terrestre, eso bastaria para admirar y bendecir la vigorosa administracion y la incansable actividad francesas. Cuatro reinados, heredándose los unos á los otros, y siguiendo siempre un plan uniforme, tan necesario á las grandes y fecundas empresas, han dejado allí su huella: el de Napoleon I, el de Luis XVIII, el de Luis Felipe y el de Napoleon III.

Aquellos bosques artificiales de árboles sábiamente elegidos, han ido avanzando hácia el mar y deteniendo ante su espesa en-

ramada el huracan y las arenas. Antes avanzaban estas cada vez más adentro, llevando delante de sí la esterilidad y la tristeza. Mas la ciencia y el trabajo rechazaron un dia al huracan y fijaron en el suelo la movediza arena, haciendo caer encima una benéfica capa de mantillo, que anualmente se reproduce y acrecienta; que da nutrición á la raíz del árbol mismo de que procede; que fomenta á su pié el pasto de los rebaños, y que atrae á estos á disfrutar del nuevo alimento y del nuevo abrigo, en cambio de lo cual con más rico abono apresuran ellos á su vez la obra de la naturaleza y el arte, en aquella region, valerosa y tenazmente redimida de la injuria de los elementos.

Volvamos ahora los ojos á nuestra querida España, la hija predilecta de la fábula antigua, el *jardín de las Espérides*, la codiciada de las naciones, la joya que se disputaron fenicios y cartagineses, griegos y romanos, godos y sarracenos, dejándonos en herencia el gérmen de sus respectivas civilizaciones, y tambien el desastre de sus continuas luchas.

Nacion principalmente agrícola hasta el dia, y que lo seguirá siendo por mucho tiempo, á causa de su clima, de sus costumbres y de su misma topografía, que tanta y tan rica variedad de frutos permiten, no tiene, sin embargo, creada ni organizada su vida rural. El propietario, por regla general, vive poco ó nada al lado de su propiedad territorial; de donde nacen muchos males económicos y sociales, que seria fácil enumerar, pero que, aun sin hacerlo, pueden ser por todos comprendidos. ¿Cuál es la principal razon de esto?... La falta de seguridad suficiente para la vida y la riqueza de los campos. Esto dice un clamor universal; y á este clamor tiempo há que es urgente dar oídos; pero el daño crece en grandes proporciones, aumenta la justa quejella, y es forzoso ya acudir sin dilacion al remedio.

Nuestra Revista tiene el deber de procurarlo.

Hay en este suelo una envidiable raza de montañeses, que literalmente de las piedras hacen pan. Tan valientes marineros en la costa, como valientes labradores en las sinuosas laderas de sus estrechos valles, y en los picos y mesetas de sus queridas montañas, los cántabros ofrecen al observador atento un modelo de inteligente y perseverante trabajo. El suelo vascongado, compuesto casi todo de estéril pizarra, es removido, desmenuzado, triturado á toda hora bajo sus piés, mezclado con naturales y artificiales abonos, sembrado con variedad de semillas, y hecho fecundo, sin permitirle estar jamas ocioso, con una interminable

série de alternadas cosechas, combinadas, como la ciencia aconseja, de tal manera, que nunca esquilmen seguidamente unos mismos jugos de los que rinde en su elaboracion incesante la incansable tierra. Navarra y la Rioja trabajan tambien en sus más ricos valles con tenacidad y valentía. Y Pamplona, Bilbao y Victoria dan máquinas agrícolas, fuertes y sencillas, como á su empleo en despoblado y por tosca mano conviene, que ayudan sin cesar á aquellos robustos brazos á vencer los obstáculos y mejorar el éxito de sus rústicas faenas. En aquellas regiones la poblacion diseminada, la vida en el campo, son la constitucion inmemorial de la parte mayor y principal de la sociedad. La seguridad completa y proverbial de personas y propiedades; las puertas de las casas abiertas ó con las llaves puestas en la cerradura, miéntras sus moradores se hallan fuera en la *campa de borona* ó en el *robredal* ó *castañar* vecinos, hacen recordar las costumbres de Suiza, en donde una tiendecilla abierta al lado del camino de herradura, por donde pasan los viajeros y trajinantes, muestra á todos en unas cestas sobre toscas tablas los comestibles que se venden, en una lista los precios de cada uno, y entre ambas cosas, sobre el mostrador, una balanza y unas pesas y medidas. El transeunte toma y pesa ó mide lo que necesita, paga lo que vale, y prosigue su camino.

Al abrigo de esta seguridad puéblanse los campos, crece su diseminado vecindario, y se fomenta su cultivo, base, sobre todo en España, como ya hemos dicho, de la prosperidad nacional.

Es muy notable tambien el cultivo del accidentado suelo de la industriosa Cataluña: lo es asimismo el de los reinos de Valencia y Murcia, en donde los árabes dejaron aquel sistema tan beneficioso de canalizacion de los rios Turia ó Guadalaviar y Segura, y aquel patriarcal senado ó tribunal de aguas, constituido cada jueves en la puerta de la catedral de Valencia por los labradores más ancianos, para dirimir en juicio oral sumarísimo todas las disputas y dificultades sobre riegos, *ex equo et bono*, é inapelablemente: monumento jurídico que todas las posteriores legislaciones han respetado.

Pero en varias de esas provincias, y en casi todas las demas, ¿qué es de la seguridad personal en los campos? ¿Qué es de la seguridad de los frutos, y de la planta y de la trabajosa labor del suelo? No exageraremos nosotros, amantes de nuestra patria y amantes de la verdad, los defectos de su estado social, ó más bien de su imperfeccion administrativa, con los fabulosos y nove-

lescos relatos que frívolos viajeros hacen de esta nacion de noble índole y nobilísima historia. En el corazon de nuestro pueblo hay rectos instintos, valientes y generosos impulsos, y compasivos y fraternales sentimientos. Lo que falta aquí, más de lo que faltar debiera, por una suma de causas complejas que no es de ahora examinar, son, el conveniente nivel de la educacion y costumbres sociales y políticas, la vigorosa y perseverante iniciativa gubernamental, y la sencillez y energía de la importante máquina administrativa, origen muy principal de la prosperidad individual y colectiva en las naciones; máquina desgraciada entre nosotros, que no ha llegado á plantearse y montarse por completo, y á la que no se presta en la vida pública la atencion profunda y el celoso cuidado que exige, y que eminentes estadistas han procurado alguna vez tributarle; sino que, por el contrario, se la *trata y maltrata* por regla general á cada vaiven político con tan impía y sañuda negligencia, se la fuerza, retuerce, comprime y disloca con imprevision tan inconsiderada, que sólo parece con sobrada frecuencia que se diga de ella al manejarla lo que los médicos de Antonio Perez refiere este ingeniosamente que decian de su persona enferma en el triste rincón de una extranjera posada: *faciamus experimentum in anima vili*.

Ello es lo cierto, y lo dice una queja universal y una experiencia repetida, que en los campos no hay seguridad bastante; que se daña en ellos la planta y el fruto, ya por el inmoral objeto de aprovecharse de lo ajeno, ya por un inconsiderado allanamiento y atropello de la rústica heredad, que hállase de continuo expuesta á la invasion violenta ó aturdida é insensata, que esteriliza los más esmerados afanes con gran detrimento del éxito de las viejas cosechas y los nuevos ensayos, y de la paciencia del dueño aplicado y del agricultor asiduo. La falta de densidad en la poblacion rural es á la vez causa y efecto de la inseguridad personal y de la inseguridad de la riqueza de los campos. Y es urgente, urgentísimo, dotar de esa seguridad completa á la vida rústica y á los productos y ensayos agrícolas, si se ha de promover el bien de nuestra sociedad en muchos conceptos, morales y materiales á la vez, si se ha de atender como es debido á una de las mayores necesidades y á una de las principales fuentes del bienestar, del desarrollo y de la riqueza de nuestro país. ¿Será difícil la obra? Veámoslo.

Prescindamos por hoy de las leyes sobre *colonias agrícolas* y sobre fomento de la *poblacion rural*, y hablemos de la que direc-

ta é inmediatamente atañe á la seguridad de la vida y de la riqueza rústicas, de la *guardería rural*: porque ha de empezarse por esto, si se quiere plantear lo restante.

Consignemos ante todo que tan inseguros como pueden estar hoy campos y montes, y todavía más, estaban los caminos y carreteras ántes de la época de 1844 y 1845, en que con tal acierto y fortuna se estableció en España la Guardia civil. Y á los veinte años de existencia su fama y prestigio estendíanse por toda Europa, y los gobiernos extranjeros, entre ellos el de la militar Prusia, pedían sus estatutos y reglamentos al español para estudiarlos é imitarlos. En la secretaría de la Direccion general de ese instituto existen tan honrosas comunicaciones. Desde entonces el oficio de saltador y bandolero empezó á ser un mal oficio; y rápidamente fué extinguiéndose; y desapareció. ¿Quién duda que respecto del dañador de campos y bosques, y del allanador de la morada rústica, y del secuestrador del honrado propietario, puede y debe aspirarse á otro tanto?

Dos sistemas se han disputado el predominio para ejercer y realizar esa *guardería*, tan urgentemente reclamada: el de crear un nuevo cuerpo de *Guardia rural*, y el de encomendar la custodia de los campos á la Guardia civil, segun consignan sus estatutos, aumentando lo necesario sus clases de tropa y muy poco su oficialidad. Sistemas el uno muy barato, el otro muy costoso; el uno de éxito dudoso y difícil, el otro de éxito seguro, infalible; pero ambos profesados y defendidos por sus respectivos mantenedores con el más generoso intento, con la mayor buena fe y el mayor patriotismo. Algun senador, como el señor marques del Duero; alguna corporacion, como la junta provincial de Agricultura de Valencia; algun diario, como el de Barcelona, se inclinaban á la creacion de un cuerpo nuevo. Pero discutida esta importante materia imparcial y concienzudamente en los consejos del ministerio de Fomento, en el Congreso y en el Senado, todos aceptaron al fin con noble júbilo y prescindiendo de pequeñas miras de amor propio, la que llegó á ser ley de *guardería rural*, sancionada y promulgada en 22 de Abril de 1866.

A porfía trabajaron en ella, entre otros, los ministros de Fomento D Claudio Moyano, el marques de Cervera, D. Augusto Ulloa, el marques de la Vega de Armijo y el Sr. Orovio, que principió á darle la debida y obligatoria aplicacion. Mas ¡cosa lamentable y por desgracia propia de la falta de fijeza administrativa, que tanto nos daña! antes de ir á su destino la fuerza ya

dispuesta del ejército, presentóse una nueva ley, distinta de la primera, sin haber siquiera llegado á ensayar esta. La nueva ley se desacreditó desde un principio; y el instituto especial de antiguos licenciados y de paisanaje que por ella se creara, tan costoso á las provincias, desprestigiado desde el nacer, fué arrollado y disuelto sin gloria alguna en el primer cambio político, dejando á la propiedad rural en el abandono en que ántes se hallaba, acrecentado con los rudos y multiplicados ataques que en el día viene sufriendo, tanto por las erróneas doctrinas que se propalan, como por la debilitacion funesta que del principio y de las funciones de autoridad se siente en los pueblos.

Urge, pues, hoy más que nunca reclamar la rehabilitacion de esa ley. Con larga y serena deliberacion fué formada. El Sr. Colmeiro, el Sr. Lopez Dominguez, el Sr. Hurtado (D. Nicolás) y el que estas líneas escribe, la sostuvieron, entre otros, en el Congreso de los diputados; el marques de la Vega de Armijo, el conde de Guendulain, el Sr. Olivan, el general Infante, el marques de Heredia y otros, en el Senado. Puede verse la discusion en ambas Cámaras en los días 13 y siguientes de Marzo de 1866.

Mas para que nuestros lectores conozcan las razones que la abonan, tales como nosotros creemos que pueden condensarse en breve espacio, y tales como sirvieron para formar el expediente preparatorio en el ministerio de Fomento, insertaremos en el número inmediato la sucinta Memoria que se publicó en Febrero de 1864 sobre esta materia, y la ley, meditada como pocas, que se promulgó en 22 de Abril de 1866.

El reglamento para su ejecucion, publicado á poco, sirve de necesario complemento á dicha ley, y es urgente, á nuestro juicio, restablecer ambas disposiciones si la sociedad ha de ser atendida en sus más vitales intereses, y si á la propiedad rural se ha de dar la defensa y proteccion que imperiosamente exige.

Esa ley y ese reglamento fueron reclamados y aceptados por todos los partidos, sin diferencia alguna, y pueden, con la aprobacion de todos los hombres honrados, ser inmediatamente restablecidos.

CÁRLOS MARÍA PERIER.

SECCION HISTÓRICA

COMUNISMO

I

Desde los tiempos más remotos, la organización de las sociedades humanas ha sido objeto preferente de las investigaciones abstractas del filósofo, de las hipótesis más ó ménos aventuradas del publicista y de los consecutivos ensayos del hombre de Estado. Los unos, de acuerdo con las teorías de Licurgo, Platon y Rousseau, han creído que la perfección social consiste en que la sociedad absorba al individuo, formando una entidad colectiva, en que no dominen más que un solo pensamiento y una misma voluntad. Los otros, partidarios de la escuela de Hobbes, Puffendorf y Grotius, considerando al hombre como un ser incapaz de gobernarse á sí mismo, y dispuesto á vivir siempre en guerra con sus semejantes, suponen que para mantener la paz es necesario asumir todas las fuerzas sociales en el principio de autoridad, cuya personificación ejerza, á título de soberano, un poder absoluto. Quiénes, inspirados por las doctrinas de Say, Smith, Bastiat y los modernos economistas, apóstoles del libre cambio, han buscado el concierto y la armonía sociales en el procedimiento de *dejad hacer, dejad pasar; cada cual por sí y para sí*; cuya fórmula tiende á convertir en un libro de cargo y data todas las acciones humanas. Quiénes, en fin, á ejemplo de Montesquieu, Mirabeau, Benjamin Constant y los publicistas del parlamentarismo inglés, han aspirado con la division de los poderes, á que coexistan la sociedad y el individuo, de modo que la primera no anule al segundo, ni este viva á espensas de aquella.

Al primero de los sistemas enumerados se ha dado hoy el nombre de *comunismo*. Esta denominacion se deriva del adjetivo *comun*, *communis*, palabra latina que significa una cosa que pertenece á muchos. Con referencia á la parte de campo, terreno ó cualquiera otro objeto destinado al uso de todos, se formó la voz *comunal*. Luego el calificativo se aplicó por analogía al conjunto de habitantes de una comarca, de un pueblo ó de una ciudad, *commune*, *communis*. Tratándose del cuerpo de individuos reunidos por unos mismos principios é intereses, con derecho á igual participacion en aquello que pertenece á todos, tomó el nombre de *comunion*, *communitio*. Por las circunstancias de vivir las órdenes monacales de una existencia comun, se llamó su asociacion *comunidad*, *societas*. Finalmente la identidad de ideas y de fines, que impulsó á los representantes de los pueblos de Castilla á formar

causa comun contra el poder opresor de Carlos V, hizo que se les aplicase el título de *comuneros*, y se diese á sus juntas el nombre de *comunidades*.

De la primitiva acepcion de la palabra *comun* y de cuantas proceden de ella, así con relacion á las cosas, como tocante á las personas, se ha formado el distintivo de un sistema que tuvo origen en otros siglos, y cuya inesperada resurreccion por una secta de filósofos modernos, armados del martillo y de la piqueta demoledora, causó tanta impresion en los ánimos, como hubiera podido infundir el horrisono clamor de las fatídicas trompetas que derribaron las murallas de Jericó, entre el escándalo de las gentes y la consternacion universal. Todos aquellos que gozaban de una fortuna mejor ó peor adquirida; todos aquellos que poseian derechos más ó ménos legítimos; todos aquellos que veian con mayor ó menor sinceridad, en la familia, la propiedad y la religion las columnas del mundo moral y los firmes cimientos en que deben descansar las sociedades humanas, lanzaron un grito de espanto, y por temor de caer bajo el rasero de los teólogos comunistas, que se dibujaban en su fantasia con las proporciones de otros tantos mónstruos, armados de agudos dientes y mortíferas garras, trataron de buscar un preservativo, retrocediendo en unas partes, hasta donde lo permitian los adelantos del siglo, hácia los tiempos del absolutismo teocrático, símbolo de la inmovilidad, y arrojándose en otras á los brazos del Cesarismo, emblema de la fuerza, que secuestra los derechos y las garantías individuales en favor de una personalidad omnipotente.

Pero ¿qué es el COMUNISMO?

Aquel sistema en que no se reconoce más intereses respetables ni más derechos legítimos que los que proceden del cuerpo social, á quien todo lo debe el individuo, fuerza, garantías, inviolabilidad. Bajo ese orden de cosas, nada es como personalidad: equivale á un cero de cualquiera guarismo, que aislado y por sí no tiene valor propio; á la sílaba de un vocablo, que necesita el auxilio de otras para formar sentido. La sociedad le engendra, como la expresion de su poder creador, le concede una especialidad, le señala sus funciones, le distribuye su parte alícuota y proporcional de fortuna y de gloria.

Atendida su accion absorbente y niveladora, semejante sistema viene á ser el sacrificio y la abdicacion voluntaria de la personalidad humana en nombre y en las aras del ente social. Su teoría, sea cual fuere la fórmula que se adopte, puede resumirse en esta proposicion contradictoria, cuyos extremos se rechazan y excluyen: «Esclavizar al hombre, como individualidad, para hacer libre al cuerpo social, como entidad colectiva.» ¿Qué es eso más que la consagracion de la tiranía, pero de una tiranía artificial, anónima, que convierte en un autómatas al hombre? Destituido de esta suerte el ente humano de su independencia y de sus prerrogativas, todo COMUNISMO, siquiera se funde por un milagro del fanatismo de secta, como el que sueñan algunos ilusos, ó por orden de los dioses, como el de Licurgo, lleva irremisiblemente

allá en sus entrañas el gérmen deletéreo del marasmo y de la degradación.

En el COMUNISMO, el Estado resulta superior al individuo, no porque represente intereses comunes y ejerza ciertas funciones generales que le están asignadas en el mecanismo social y político, sino porque es un árbitro supremo y absoluto, de quien parte todo género de iniciativa, y que, semejante al inexorable destino del fatalismo gentilico, dispone á su antojo de los débiles y sumisos mortales. No constituye, propiamente hablando, una asociación, ni un órden civil, sino un rebaño, presidido y gobernado por una eminencia gerárquica, cuya autoridad posee por la ley el monopolio de la razón, del libre albedrío y de la dignidad humana. Una vez establecido, la comunidad debe desde luego encerrarse en el *non plus ultra* y perpetuarse sin la menor variación. Ningun género de adelantos individuales cabe dentro de los límites trazados y de la circunferencia descrita por el compas del legislador. Es la esfinge egipcia, destinada á desafiar sobre sepulcros de granito la acción del tiempo y el oleaje de las pasiones humanas. Allí el pensamiento, la memoria, la voluntad, todas las potencias del alma, no son más que inflexibles resortes del organismo social.

II

El primer ensayo práctico del COMUNISMO, fué obra de Licurgo, ciudadano y filósofo de Esparta. La peregrina hipótesis que habia concebido, por considerar á los hombres como otras tantas piezas de un cronómetro, que separadas para nada sirven, le parecia el único procedimiento capaz de resolver satisfactoriamente los árdulos problemas de la ciencia social, conduciendo como por la mano, á constituir un Estado, donde desaparecieren todas las desigualdades y resistencias parciales. Lacedemonia fué el teatro y la materia de esos experimentos contra natura, á que ayudaban, por una de las más singulares coincidencias, la supersticiosa credulidad y añejas preocupaciones de sus habitantes.

En el órden de la naturaleza, el hombre es primero para sí, luego para su familia, y por último para el Estado. Pues bien: Licurgo, por medio de una operacion de química socialista, descompuso la estructura moral del espartano, de modo que anuló al individuo, eliminó al padre de familia y sólo dejó al ciudadano.

Semejante fenómeno no podia llevarse á cabo por el ascendiente y la autoridad de un simple mortal. Fué necesario que Licurgo hablase en nombre y por delegacion de los dioses, á quienes rendian culto sus conciudadanos. Despues de haber recorrido, con objetó de ilustrarse y madurar el fruto de sus elucubraciones, la isla de Creta, la Jonia, el Egipto, y, segun suponen algunos, la Iberia y gran parte de la India, donde conferenció con los *Gimnosofistas*, consultó el oráculo de Delfos, cuya pitonisa no tuvo reparo en divinizar al legislador, declarando so-

lemnemente que, no sólo era digno de ser protegido por los dioses, sino un dios él mismo, y como tal predestinado á dar al pueblo de Esparta las mejores leyes del mundo para hacerle grande, feliz y glorioso.

Arrancó, ante todo, las tierras del dominio particular para distribuir las luego por partes iguales, de modo que cada lote diese en cultivo la misma cantidad de frutos, excepto el adjudicado á las mujeres, quienes salieron perjudicadas en el reparto. Así mató por de pronto la actividad individual, cuya fuerza motriz aumenta, multiplica y perfecciona la producción. Estancada la propiedad inmueble, que constituye por su origen y uso una parte inseparable de nuestro ser, no podía seguir el vario curso de los progresos humanos, ni prestarse á ninguna de las infinitas mejoras, reformas y transformaciones de que es susceptible, ni entrar nunca en la circulación de los demás valores por medio de ventas, permutas y otras transacciones convencionales que la libran de una parálisis infecunda. De aquí que aquel orden social, fundado en una propiedad circunscrita y amortizada, no siendo susceptible de la menor alteración, ni de ir poco á poco transformándose, al compás de las nuevas exigencias de los tiempos, tenía por necesidad que disolverse y perecer, como todo artificio violento y contrario á la naturaleza.

Varió la moneda, substituyendo el hierro al oro y á la plata, para conseguir indirectamente una suma de igualdad imaginaria en la distribución de la propiedad mueble, que nivelase los bienes de los particulares, con lo cual hizo imposibles los cambios recíprocos y el comercio de importación y exportación, reduciendo Lacedemonia á un aislamiento forzoso, que la separaba del resto de las naciones. Licurgo quiso preservarla del trato de las gentes extrañas, para que no torciera ni viciase la índole de su carácter y sus naturales inclinaciones. Al efecto, no se permitía á los extranjeros traspasar las fronteras de aquel territorio, cuya entrada permanecía tan herméticamente cerrada como la puerta de un claustro de austeros é intransigentes cartujos. Quizás sugiriese á Licurgo esta disposición, la costumbre que tenía la antigua teocracia egipcia de inmolar á todo forastero que osase poner el pié en aquella tierra inhospitalaria, por temor de que trajese consigo algunas novedades capaces de alterar las inmutables prácticas de una tiranía suspicaz y sanguinaria.

En el **COMUNISMO** de Licurgo, todo lo que no se suponía indispensable, se reputaba como peligroso. Según el legislador de Esparta, el ente humano debía cercenar de las facultades intelectuales, entre otras, la imaginación que crea, y del alma la sensibilidad que nos exalta y regenera. Los goces del espíritu le parecían distracciones nocivas y estímulos bastardos, que inclinaban á la molición y á la concupiscencia. Bajo este concepto, desterró ciertas artes de recreo, ciertas industrias de lujo y ostentación: La oratoria, la declamación, la pintura, la escultura, el ornato y la orfebrería fueron condenados y proscritos. El poder creador que engendra las nobles artes, ese destello de la divini-

dad, que enáltece al hombre y dilata el ámbito de sus concepciones hasta la esfera de lo ideal, quedó reducido al resorte de un mecanismo destinado principalmente á procurar la satisfaccion de las necesidades corporales.

Sin embargo, Terpandro y Pindaro pintan en sus versos á los espartanos como muy aficionados á la música y al baile, cuyas artes, si hemos de creerlos, se cultivaban con esmero en la república; pero sin duda, como se enseña en los regimientos á tocar el tambor, que habla al corazon del soldado, y el paso gimnástico, que desenvuelve la elasticidad de nuestros miembros. Sabido es que Tirteo condujo á las huestes espartanas en sus guerras contra los mesenios, al son de sus cánticos marciales.

El trabajo, pan alimenticio de las naciones, y los oficios mecánicos, expresion de nuestras varias y múltiples propiedades, se miraban como labores indignas de un hombre libre. Ninguna ocupacion parecia útil y lícita, si no tenia por objeto formar ciudadanos de mármol y guerreros invencibles.

Habiendo en rigor dejado el espartano de ser individuo, todos sus actos pertenecian al Estado y entraban en la jurisdiccion del dominio comun. No se le busque, no, en el hogar doméstico, asilo y santuario, donde el hombre se entrega con entera expansion á su personalidad, siente, piensa, habla y obra como criatura libre, segun su humor, sus gustos, sus inclinaciones y afectos. Todos vivian en público, como partes inseparables de una entidad colectiva. Comian juntos en mesas preparadas al efecto, y á cada uno de ellos se repartia igual racion de unos mismos alimentos.

La ley reglamentaba tambien el paladar y prescribia á los estómagos la clase y cantidad de rancho y bebida con que habia de satisfacerse el hambre y la sed. La diferencia de temperamentos, apetito y gustos individuales desaparecia por una operacion maravillosa de la higiene social. Aquella servidumbre en las comidas, á que los lacedemonios daban el nombre de *Phidicias*, repugna de tal modo á la condicion humana, que dió motivo á bárbaras agresiones contra el legislador, quien, perseguido no pocas veces á pedradas por las turbas furiosas, perdió en una de ellas un ojo y estuvo en inminente peligro de perder la vida.

Por un principio análogo al que le sugirió la idea de suprimir en parte las funciones de la imaginacion, resolvió Licurgo despojar á la mujer del pudor, suave perfume que la idealiza, velo delicado, tejido por el recato y la honestidad para ocultar á los ojos profanos y licenciosos los secretos atractivos de la belleza. En concepto del Comisario espartano, era una superfluidad opuesta al verdadero objeto de la república y de todo punto ajena al comportamiento que correspondia á las hembras en sus habituales relaciones con la sociedad.

De una virtud se hizo un vicio, y las doncellas sin rubor ni empacho acudian completamente desnudas á los circos, anfiteatros y otros sitios públicos, para disputar cuerpo á cuerpo á los guerreros, que allí desplegaban sus hercúleas fuerzas, el premio

del baile y de la lucha, del pugilato y de la carrera, del manejo de las armas y de la gimnasia.

El matrimonio no era un vínculo formado por el dulcísimo consorcio de dos almas y dos cuerpos, que se perpetuaba hasta la muerte de los cónyuges, ni tampoco un sacramento como en el mundo católico, donde la mujer, emancipada y ennoblecida por el cristianismo, es compañera, y no sierva, del hombre; sino únicamente el medio de engendrar hijos fuertes, al mismo tiempo que un tributo pagado á la patria en la parte relativa al censo de poblacion. Hé aquí por qué todo celibato incurria en un castigo correccional de carácter infamante, que le entregaba sin defensa al escarnio y á los insultos de las gentes, perdiendo el derecho á ser tratado en su vejez con la veneracion debida á los ancianos.

Siendo comunes los bienes, la lógica exigia que lo fueran tambien los hombres y las mujeres, y que el acto de la procreacion tuviese un carácter análogo al de las comidas colectivas. La pasion de los celos, que proviene del respeto á si propio y del sentimiento de la dignidad humana, no se concebía siquiera en Esparta. Segun Plutarco, el concubinato estaba, no ya permitido, sino legalmente autorizado, en términos de que cualquier marido que se sintiera débil por efecto de la edad, ó por el decaimiento prematuro de los sentidos, buscaba un suplente jóven y vigoroso, con quien su mujer pudiera concebir y dar á luz vástagos robustos y bien constituidos. El delito de adulterio no figuraba en el código penal de Licurgo.

La ley determinaba las cualidades físicas y proporciones corporales, como, por ejemplo, el volúmen y la estatura, que habian de poseer los consortes, y para la celebracion del matrimonio, debía preceder el rapto de la novia, de quien se apoderaba su futuro. Un duro jergon servia de tálamo nupcial, y el esposo, introduciéndose á oscuras y á deshora en la celda de su mitad, parecia más bien un ladrón doméstico, resuelto á robar una prenda, cuya posesion codiciaba, que un tierno amante, autorizado por la ley para usar de unos derechos legitimamente adquiridos.

Los hijos nacian para el Estado. No se les consideraba como hombres, sino á condicion de ser ciudadanos. La idea é institucion de la familia no cabian en el sistema de Licurgo. Habian sido reemplazadas por la comunidad, gran familia de todos. Una vida colectiva excluía cualquiera género de existencia privada, y sometía á los individuos al régimen disciplinario de un monasterio. El niño dejaba de tener derecho á vivir, si nacía privado de las facultades físicas que la ley exigía á los espartanos. El Estado se incautaba de su persona, apenas venía al mundo, y le sometía á una especie de autopsia investigadora para descubrir los grados de fuerza muscular con que le habia dotado la naturaleza. Si desgraciadamente resultaba de temperamento enfermizo, el padre, á quien la sociedad mandaba ser insensible y despojarse del amor paterno, el más desinteresado y poderoso de los afectos humanos, se convertía en su verdugo, y le hacia arrojar sin piedad á una profunda sima, situada cerca del monte *Taygetés*, cuya horrible

sepultura de víctimas inocentes tomó el nombre gráfico de *Apothetes*. De manera que ningún mérito, ninguna estimación se concedía en el orden moral á las cualidades y prendas intelectuales. Bajo el influjo de tan absurdas preocupaciones, se ocultaba al sentido común que en un cuerpo débil, y si se quiere contrahecho, pueden albergarse un ingenio superior, una imaginación de fuego, un alma grande y capaz de las mayores heroicidades. El COMUNISMO de Licurgo no admitía más fuerza que la del cuerpo, ni más virtud que el valor.

Con arreglo á esta teoría, sólo eran aptos para servir á su patria los héroes y los gladiadores. Sobraban los héroes como Temístocles, los sabios como Sócrates, los justos como Aristides, los legisladores como Solon. Sin duda alguna hubieran sido enviados al suplicio del despeñadero, por parecer poco robustos, si nacieran en aquella época, Colon, que adivinó la existencia de un nuevo mundo; Copérnico y Galileo, que resolvieron el admirable problema del sistema planetario; Newton, que halló las leyes de la gravedad y la atracción; Franklin, que descubrió la teoría de la electricidad; Guttenberg, que con la invención de la imprenta dió alas al pensamiento y multiplicó hasta lo infinito la palabra; en fin, tantos otros, á quienes el mundo debe el vapor, que vence los obstáculos de la naturaleza; los caminos de hierro, que hacen desaparecer las distancias; los telégrafos eléctricos, que ponen, como por milagro, en comunicación las más apartadas regiones, y esa multitud de máquinas, cuya construcción proporciona millares de ferreos é incansables brazos á las artes, á la industria y á la producción.

Como la propiedad no descansaba en los principios tutelares que le sirven de garantía; como se habían casi perdido las nociones de lo tuyo y de lo mio, el hurto no era reputado por un delito, siempre que se practicase con audacia, destreza y serenidad. Los adultos que lograban sustraer con buen éxito tal ó cual comestible, que necesitasen ó apetecieran, nada, absolutamente nada tenían que temer; pero cuando se dejaban sorprender *infraganti*, por descuido ó pusilanimidad, eran condenados á sufrir el castigo de los azotes y á ser expuestos á la vergüenza.

Por el plan de educación común, no se permitía á los jóvenes lavarse ni cuidar del aseo del cuerpo. Andaban desnudos para desafiar la intemperie; iban sucios y descalzos para endurecer la epidermis; llevaban descubierta y rapada la cabeza, para fortificar el cráneo con la incesante acción del aire atmosférico. Cualquiera diría que Licurgo se propuso reproducir íntegro, ménos la libertad, al hombre de los bosques dentro del mecanismo social.

El cerebro de aquel cuerpo, cuyos miembros estaban sujetos á la cabeza, como la materia á la voluntad, residía en el Senado, compuesto de veintiocho magistrados vitalicios y dos reyes que ejercían una autoridad suprema. Cien años más tarde se creó la institución de los Eforos, sindicatura democrática que tenía por objeto expresar los deseos y defender los intereses del pueblo. Pero este, bien considerado, quedaba reducido á la con-

dicion de una entidad pasiva, y al cabo llegó á perder hasta el derecho que tenia en un principio de desechar las leyes propuestas por la autocracia simbólica del Senado, cuando las juzgasen perjudiciales, bajo el insidioso pretexto de que tal era la voluntad de los dioses. Teopompe, el mejor de sus reyes, consignaba un hecho incontestable, cuando decia que el mérito de los espartanos consistia principalmente, no ya en su capacidad para el mando, sino en su aptitud para la obediencia.

La posibilidad de tan anómalo comunismo no se concebiria si quiera, á no haber tenido como punto de apoyo y piedra angular del edificio, la esclavitud, pero la más sacrilega y afrentosa de cuantas hace mencion la historia. La igualdad colectiva de Esparta descansaba en una desigualdad absoluta. Allí el ciudadano subsistia á expensas del ilota y realizaba en la práctica la explotación del hombre por el hombre. Pertenecia el primero á una estirpe privilegiada; el segundo á una casta envilecida. Bestias de labor, destinadas al trabajo forzado, para los infelices ilotas no enviaba su luz el sol, ni producía frutos la tierra. Objeto de vilipendio, en ellos la juventud guerrera ejercitaba su destreza y media sus fuerzas. No podían ciertamente tener compasión de sus esclavos los que estrellaban á sus hijos mal constituidos para castigar en ellos imperfecciones, de que si acaso serian responsables los autores de sus dias.

Con razon ha sido llamada la república de Esparta *un convento de guerreros*. De ella estaban escludidos, digan lo que quieran sus admiradores, el decoro, el pudor, la vergüenza, el amor paterno, la fé conyugal, el libre albedrío, la justicia y la humanidad. Licurgo la constituyó bajo los auspicios de mentidos oráculos y la abandonó por medio de un suicidio. Dejóse morir de hambre, sacrificando su vida en aras de la patria, por creer que así cimentaria mejor las instituciones que le habia impuesto, las costumbres de que le era deudora.

Si el comunismo espartano correspondió ó no, en el tiempo y en el espacio, á los fines para que fué instituido, lo dice la historia de la Grecia. La guerra no es más que un accidente pasajero, aunque á veces inevitable, en el curso de los siglos y en la sucesion de las generaciones. Fundar una sociedad por la guerra y para la guerra, como la de Esparta; hacer en lugar de padres de familia, soldados, sujetos desde la cuna á la ordenanza, es rebelarse contra el destino del hombre sobre la tierra, porque el género humano necesita amplitud y libertad para desenvolverse gradual y sucesivamente, variando á cada paso de medios, segun lo exijan las leyes complejas del progreso y las varias faces que toman de tiempo en tiempo los fenómenos de la civilizacion.

Cuanto más inflexible sea una organizacion social; cuanto más absoluta en sus formas exteriores, ménos resistirá al flujo y reflujo, siempre creciente, de las vicisitudes y necesidades humanas. Lo que nunca varía son los grandes, los fecundos principios que Dios escribió con caracteres indelebles en la conciencia individual, de donde surge la conciencia colectiva de las nacio-

nes. Seria, no obstante, una injusticia negar á Licurgo un talento privilegiado y una fuerza de voluntad incontrastable. Imaginar un órden de cosas como el de Esparta, plantearlo y conseguir que prevaleciera, á pesar de las protestas con que fué acogido y de los formidables obstáculos que á ello se oponian, era empresa para la cual se necesitaba superior ingenio, gran autoridad, sagaz prevision é incansable constancia. Nadie debe extrañar, por lo tanto, el entusiasmo con que le elogia Aristóteles y el tributo de hiperbólica admiracion que le dedica Plutarco. Para el primero, merece los honores de la divinidad: para el segundo, la gratitud del género humano.

(Se continuará.)

FERNANDO CORRADI.

CRÓNICA Y VARIEDADES

SINIESTRO DE VALDEPEÑAS.—Partes telegráficas.—Ciudad-Real 31 (ocho y cuarenta y cinco mañana).—El gobernador al ministro de la Gobernacion:

En este momento recibo comunicacion de Daimiel, diciéndome que el tren-correo ha sido robado entre Manzanares y Valdepeñas por unos 20 hombres, que se cree sean los de la sierra. Han sido heridos dos guardias civiles y varios viajeros, y salgo al instante en un tren express al sitio de la ocurrencia, desde donde daré á V. E. parte de lo que ocurra.

MANZANARES 31 (doce mañana).—El gobernador al ministro de la Gobernacion:

Acabo de llegar. Hay dos heridos aquí de la ocurrencia, de mucha gravedad un cabo de Guardia civil y un paisano. Ha marchado para esa corte un teniente de ejército herido de un balazo por querer defender al maquinista. Se han ocupado seis cajas que con el dinero de la recaudacion de las estaciones se conducian á Madrid. Han salido fuerzas de caballería en persecucion de los malhechores.

Hé aquí ahora la relacion más fidedigna de lo sucedido.

Á las doce y cuarto de la noche del sábado 30 de Marzo descarriló y ha sido robado el tren procedente de Andalucía, entre Valdepeñas y Manzanares. Á las nueve de la noche, segun los informes de testigos presenciales, varios hombres armados de trabucos y escopetas se apoderaron de los guardas del paso á nivel de la venta de Consolacion, y los obligaron á ayudarles á arrancar varios rails y traviesas, que dejaron colocados en la via con el propósito de detener el tren en su marcha. Apenas este anunció su llegada, los bandidos obligaron á los guardas á que hicieran señales de alto. El tren, sin embargo, no pudo detener toda la gran velocidad que traía y entró en el terreno removido, arrojando á los coches con grandes sacudi-

mientos fuera de la vía. Y júzguese del terror de los viajeros cuando al mismo tiempo que veían en peligro su vida en un terraplen sobre profundos barrancos, oyeñ tiros, maldiciones, juramentos y ayes, y se ven amenazados por trabucos y escopetas que asomaban por las ventanas de los coches, haciendo subir los malhechores con amenazas y golpes á los viajeros, que se habian lanzado al camino.

Lo que pasaba en la cabeza del tren era lo siguiente :

Viendo los ladrones que el tren seguía caminando porque el maquinista no pudo detenerlo desde luego, dispararon á aquel dos tiros. El maquinista y el fogonero comprendieron de lo que se trataba, y se arrojaron de la máquina. El fogonero se amparó en uno de los primeros coches, y el maquinista corrió pidiendo auxilio hácia un coche inmediato, donde sabía que venían dos guardias civiles, los cuales, por no traer cargo alguno, pues volvían de la comision de custodiar caudales, estaban sentados entre los pasajeros. Los guardias civiles cumplieron con su deber. Uno de ellos, cabo, disparó su fusil y se metió en el furgon inmediato á la máquina. El otro se arrojó á tierra por el lado opuesto, precedido de un jóven teniente de infantería, que, con el sable desnudo, dió el grito de *¡Á ellos!* y se lanzó sobre los bandidos. Estos le recibieron á tiros, y le derribaron al suelo de un balazo en un hombro, echándose sobre él y sobre el guardia seis de los ladrones, que no dejaron de apuntarles con las escopetas hasta que consumaron el robo.

El cabo entre tanto disparó su fusil dos ó tres veces, y los bandidos que le veían encastillado en el furgon, subieron sobre este y dispararon contra el guardia por el agujero donde se coloca el farol cuatro ó seis tiros, dos de los cuales le inutilizaron el fusil y el tercero le hirió en el ojo derecho, derribándole en tierra.

Otra desgracia ocurría al mismo tiempo. Entre los pasajeros que se echaron fuera del tren, venía un jóven actor cómico, procedente de Granada, y porque no obedeció pronto á los bandidos, que le mandaban volver al coche, sufrió un tiro de escopeta á boca-jarro, que le atravesó por medio del cuerpo.

Habiendo cesado toda resistencia á los ladrones, empezaron estos á tranquilizar á los viajeros, mezclando á sus juramentos y blasfemias, palabras de seguridad, diciendo á gritos que los viajeros nada tenían que temer, pues ellos venían sólo por dinero.

En virtud de esta intimacion, todos los pasajeros se retiraron al fondo del coche. Por media hora reinó en todo el tren silencio sepulcral.

Todavía se pasó otra media hora en esta angustia, hasta que se oyó un silbido y la voz de *¡fuera!* Los ladrones se retiraban con su botín. De los que los vieron marchar, unos dicen que se alejaron á pié y otros á caballo, pero todos dicen que hácia Sierra Morena.

Después que marcharon los ladrones, fueron bajando de los coches los pasajeros y supieron que los salteadores se habian llevado unos cuarenta ó cincuenta mil reales, que venían de transporte, y los fondos de la compañía.

Un tren que llegó de Manzanares con el ingeniero y el médico de la empresa, trashedó los pasajeros y equipajes, que continuaron, después de siete horas de detencion, su camino.

De los heridos, el teniente de infantería y el cabo de la Guardia civil fueron curados en la casilla del guarda de la vía. La herida del oficial no ofrece peligro,

según se asegura. Se teme que el guardia pierda el ojo. El infeliz actor ofrecía á la salida del tren pocas esperanzas de vida. Después desgraciadamente ha muerto. Dícese que los bandidos son los que vagan hace días por los montes de Toledo, auxiliados por alguna gente del país. Se observó que habían cortado los hilos telegráficos de la línea de Daimiel, por donde pensaban hacer su retirada.

Los pasajeros traspasaron á las siete de la mañana, para continuar su viaje á Madrid.

La Asamblea francesa, después de una importante discusión, de que daremos cuenta otro día en la sección correspondiente de esta Revista, aprobó en la sesión del 14 el proyecto de ley que establece penas especiales contra la Internacional. Esa ley dispone que todo francés afiliado á dicha Sociedad ó á otra parecida, sea castigado con pena de prisión de tres meses á dos años y una multa de 50 á 1.000 francos. También queda sujeto á perder sus derechos civiles y de familia por un máximo de diez años y un mínimo de cinco. La prisión se aumenta á cinco años y la multa á 2.000 francos para todo francés ó extranjero que ejerza cargo en la Internacional, ó propague en cualquier manera sus doctrinas. Tales personas quedan además sujetas á la vigilancia de las autoridades por un período subsiguiente de cinco á diez años. Los encubridores de individuos de la Internacional serán castigados con prisión de uno á seis meses y multa de 50 á 500 francos. Se manda promulgar la ley en toda Francia.

Los diarios españoles han publicado el siguiente significativo TELEGRAMA:
LONDRES 20.—Ayer se reunieron los ex-individuos de la Commune de París y Marsella refugiados aquí, con objeto de celebrar el aniversario del 18 de marzo.

Presidió la reunión Dupont, y asistieron todos los individuos del comité central de Londres de la Internacional.

Landal, individuo que fué de la Commune de Marsella, defendió los actos de la de París, haciendo la apología de la insurrección de Marzo.

Son estos apuntes que conviene tomar para dar contestación á los que dicen que la Commune de París no tuvo que ver con la Internacional.

Los gobiernos extranjeros han reconocido la importancia del objeto de la circular del ministro de Estado español relativa á una acción común para contrarrestar los trabajos de la Internacional; y el ministro de Negocios extranjeros de Prusia Mr. Bismark, ha pedido que el Sr. De Blas formule unas bases al efecto,

Un periódico sensato dice con sobrada justicia:

•El socialismo y el comunismo adoran la fuerza y suprimen el mundo moral.

•Comenzaron siendo un error económico-político, y concluyen siendo una secta nihilista puramente destructora, como las que se encuentran en el centro del Africa y del Asia. José Mazzini tenía razón para decir en sus últimos días que el triunfo de la Internacional haría retroceder á Europa á la barbarie.